



Cuando el Iscariote hubo abandonado el salon, sus gritos tempestuosos, sus horrendas imprecaciones resonaban aun en todos los oidos, y hasta el espíritu de Anás y de Caifás hallábase como asombrado, como dominado por las maldiciones y las amenazas que acababan de oír.

Y así pasaron algunos momentos de general estupor, momentos en los cuales los jueces de Israel se miraban, y oyendo los murmullos de la multitud, se estremecian temblando quizás por sus vidas miserables.

Anás pensó que era necesario hacer un esfuerzo de serenidad, aunque no fuera mas que aparente, para dominar aquel asombro de los jueces y la agitacion del pueblo, y dijo fingiendo calma:

—¡Qué lástima que ese hombre haya perdido el juicio!... Es una desgracia irreparable, que no dudo le conducirá al suicidio.

—¿Qué le podemos hacer nosotros? — dijo Eleazar; — ¿nos es fácil acaso impedirlo?

—Lo que me consuela es que hemos procurado calmarle, pero no ha sido posible. ¡Qué extraña manía la suya! ¡Qué singular la idea, la de decirnos que nos ha vendido el Nazareno!... ¡Qué tema mas singular su tema, cuando nos exigia que le entregásemos al sedicioso, al blasfemo, al impostor, que el tribunal de Israel acaba de condenar á muerte!...

—Tema y exigencia, que solo pueden concebirse en un loco rematado: — observó Caifás fingiendo tambien serenidad.

—¡Bah! — dijo Eleazar; — ¿y no puede ser eso un ardid de los partidarios del Nazareno, para promover un motin que nos arrebathe la presa, cuando mas segura pensamos tenerla?

—¡Imprudente! — guturó Anás en voz baja.

Eleazar quedóse mirando á su padre con estolidez. No sabia esplicarse el por qué sus palabras eran una imprudencia, y tal vez esperó una explicacion, que no le fue dada de ningun modo por Anás.

Mientras tanto, Onkelos acercándose al estupefacto Eleazar le dijo al oído:

—No hay que mentar la soga en casa del ahorcado.

Estas palabras acabaron de confundir al necio Eleazar, y si bien no se esplicaba nada de todo aquello, tomó el partido de enmudecer, para no añadir otra imprudencia á la anterior.

Mientras tanto Anás decia:

—¿Y quién piensa en los partidarios del Nazareno? ¿Hay acaso en Israel una persona que no respete los juicios de Dios, que se hacen sensibles por medio de las sentencias del Sanhedrin?

Los murmullos de la multitud se calmaron; los jueces de Israel pareció que cobraban nuevos ánimos, y cuando la tempestad que amenazaba empezó á disiparse, la satisfaccion apareció de nuevo en los rostros de todos.

Anás entonces señaló la bolsa de Judas á uno de los levitas, que hacian los oficios de conserges del Sanhedrin, y le dijo con la entonacion y el imperio que son peculiares á los déspotas:

—Recoged aquello.

El levita obedeció, si bien con visible repugnancia, y cuando tuvo en sus manos la bolsa, que al parecer le abrazaba, dijo humildemente al viejo sacerdote:

—¿Qué debo hacer de ella?

—Guardadla hasta que se os pida.

El levita, que era un hombre honrado, se estremeció, porque harto sabia que aquella cantidad era el precio de la

sangre del Justo, pero como dependía de Anás, por muy grande que fuera la repugnancia que sentía, no tuvo valor para desobedecer al pontífice, y guardó la bolsa.

Mientras tanto el viejo sacerdote observaba la multitud, y aguardaba con verdadera impaciencia la salida del sol, á cuya hora se desentendería de Jesucristo, poniéndole en las manos de Pilatos.

Esta hora llegó, y lo que entonces hicieron los pontífices lo hallarán nuestros benévolos lectores en su lugar.

Algunas horas despues, y cuando el gran crimen estaba consumado, y la humanidad se hallaba para siempre redimida, los sacerdotes se acordaron que aquel dia era el llamado de la *Preparacion*, y por consiguiente su deber era hallarse reunidos dentro del templo en asamblea, y sin sentir grandes escrúpulos por no haber cumplido con este deber desde la mañana, congregáronse á cosa de media tarde, pensando que bien debía serles lícito prescindir de la ley, para poderse vengar de Jesucristo, sin que por ello tuvieran motivos, Dios para acriminarles, y el pueblo para escandalizarse.

Reunidos, pues, en asamblea á media tarde, Anás se acordó del dinero de Judas, que conservaba el levita en su poder, y dijo á sus infames compañeros:

—Es hora ya de pensar en lo que debemos hacer de las treinta monedas de plata, que el traidor nos ha devuelto.

Eleazar, que siempre era el primero en hacer uso de la palabra, porque se avenia mal con su estupidez el silencio, dijo desde luego:

—Páreceme que esta es cuestion muy sencilla. ¿No las ha devuelto acaso Judas? Pues ninguna dificultad hay, segun mi parecer, en que vuelvan de nuevo al tesoro del templo.

Helquías el tesorero, sintió alguna repugnancia en aceptar la solucion que al asunto daba Eleazar con tanto desparpajo, con tanta despreocupacion, y como era de un natural tímido, aun cuando no por eso dejaba de ser muy malvado, dijo con entonacion miedosa:

—Sin embargo, yo no sé qué encuentro de repugnante en que vuelva ese dinero al tesoro del Santuario.

—¿Por qué? — replicó Eleazar con su entonacion agresiva, entonacion que tomaba, como sabemos, todos los caracteres de la fiereza, cuando se dirigia á otro que él conceptuase mas débil.

—¡Qué se yo!... — contestóle Helquías encogiéndose de hombros, cual si quisiera significar al hijo de Anás que no estaba de humor para entrar con él en una discusion.

—Singular es el motivo que alegais, Helquías, en defensa de vuestra opinion: — repuso Eleazar con una sonrisa de triunfo.

• Helquías volvió á encogerse de hombros, mientras que Caifás, saliendo á la defensa del tesorero, decia:

—Razonable me parece la indicacion de Helquías. Esas monedas no deben volver al tesoro del templo.

—Pero ¿por qué? — observó Eleazar con disgusto. — ¿Acaso han perdido nada de su valor, aun cuando hayan tenido el destino que todos sabemos? ¿Acaso no podremos comprar con ellas lo que para el servicio del altar se necesita, ni mas ni menos que si fueran acuñadas en este mismo momento?

—Debemos mas respeto á la casa del Señor, y no es decoroso que se emplee en el servicio del Santuario, lo que ha venido á ser el precio de la sangre del Nazareno.

—¡Galante explicacion! — murmuró Eleazar.

—Tan galante como tú quieras, pero es la única que se aviene con el decoro y con el respeto que deben merecer-nos las cosas de Dios. Si un israelita que ha tocado el cadáver de un hombre, por más que aquel cadáver fuera el de su padre, no puede acercarse al templo sin antes haberse purificado, estas monedas, que son el precio de la sangre de un sentenciado, ¿serán de mejor condicion que uno de los individuos de nuestro pueblo?

—Esto sin embargo...—musitó Eleazar por lo bajo, no terminando la frase empezada, porque no sabia como arreglárselas para hacerlo, y hablando solo por el prurito que le animaba, de ser siempre el último en pronunciar la postrera palabra en todas las cuestiones en que intervenia.

Caifás hizo como que no le hubiese oído, y prosiguió:

—Sí, pues, no podemos volverlas al tesoro del templo, discurremos acerca el objeto en que podamos emplearlas, objeto que sea de reconocida y universal utilidad. ¿Se le ocurre á alguien, señores, alguna idea oportuna?

—Jerusalen se halla falto de un lugar destinado á sepultura de los peregrinos, que no perteneciendo á nuestra religion, profanan el valle de Josafat, donde se entierran los fieles hijos de Judá. Si fuera fácil encontrar un campo lo suficientemente barato, que se pudiera comprar por esa cantidad, creo que seria el mejor destino que podríamos darla, destino de pública utilidad, y por medio del cual se prestaria un notable servicio público. ¿No pensais vosotros así?—observó Anás afectando el tono y los ademanes de un hombre importante, completamente satisfecho de sí mismo.

—En verdad que vuestra idea es, anciano pontífice, una idea brillante:—dijo Helquías, aplaudiendo de veras la ocurrencia de Anás.

—¿Parece igualmente útil á todos, señores?—preguntó Caifás con notable satisfaccion.

Y todos, incluso el mismo Eleazar, contestaron afirmativamente.

Acordóse, pues, que tan pronto como hubiesen terminado las fiestas de la pascua, se buscara el campo que debia servir de sepultura á los peregrinos, y aun cuando la cantidad que debia emplearse en su compra era bastante reducida, esto sin embargo no fue difícil encontrarle al sud de Jerusalen, y hácia el extremo del valle de Josafat que se estendia en direccion á Belen.

Pertenecia aquél campo á un alfarero, que habiéndose utilizado de la greda que en él abundaba, abandonárale de mucho tiempo antes por inservible, puesto que solo quedara en él un suelo, cuyo pavimento lo formaban el casquijo, y en alguna parte la roca.

Así se comprende que siendo aquel campo del todo inservible, se desprendiera de él con gusto su propietario, por la mezquina cantidad de treinta monedas de plata.

¡Y providencia de Dios! Allí estaba el árbol del cual Judas se ahorcara; allí estaba el cadáver del traidor debajo del árbol, en parte comido por los cuervos, en parte respetado por los animales carnívoros, como si quisiera el Altísimo mostrar á los pontífices, el horrendo fin que cupiera al desdichado cómplice del deicidio que habian perpetrado.

Los sacerdotes se estremecieron ante aquel espectáculo, y no sé que relacion misteriosa hallaron entre la suerte de Judas en aquel mismo campo, y el hecho de haberle adquirido, precisamente con una cantidad que sintetizaba toda la historia del suicidio del traidor.

Anás y Caifás, Onkelos y todos los que allí, por altísima

providencia hallábanse congregados, miráronse estremecidos, y no acertaron á decir por mucho tiempo ni una palabra. Tan elocuentemente les hablaba el cadáver destrozado de Judas, hallado precisamente en el mismo campo que acababan de comprar valiéndose del mismo dinero con que le habian comprado la horrenda traicion.

Algunos momentos despues, Onkelos, á quien repugnaba en gran manera el aspecto de aquel cadáver, dijo:

—¿Y este desdichado debe quedar insepulto? No lo consentiré yo, siquiera por el inestimable servicio que prestó á la Sinagoga, en los últimos dias de su vida.

—Es justo que se le haga enterrar en su misma propiedad. Que se abra una fosa, y se echen sobre ese cadáver inmundo algunos puñados de tierra, para que los extranjeros no digan, que á las puertas de Jerusalem se dejan insepultos los cadáveres de los israelitas.

Anás era el que acababa de hablar así, y ni una palabra de compasion tuvo para el maldito traidor; para aquel desdichado, á quien pocos dias antes llamaba su amigo.

¡Triste destino el de los criminales, que ni siquiera merecen una palabra de compasion, á aquellos para servir á los que han arrostrado la muerte y se han hecho reos de la eterna maldicion!

Los miserables de la compañía de Anás se apartaron algun tiempo despues del campo, cuya propiedad acababan de comprar para destinarle á sepultura de peregrinos, y espeluznados recordando el repugnante cuadro que ofrecia el cadáver del Iscariote, y llenos de terror involuntario, recordando las escenas de la pasion de Jesucristo, se dijeron unos á otros:

—Este campo se llamará *Haceldama*, que significa el campo de la sangre.

Y preocupados é intranquilos se retiraron á sus casas, mientras que Anás daba las órdenes oportunas, para que se enterrara el Iscariote al pié mismo de la higuera donde se habia suicidado.

—Porque no es decoroso que los extranjeros vean en torno de la santa ciudad, el cadáver insepulto de un hombre; — dijo.

Y estas fueron las últimas palabras que dedicó aquel malvado á la memoria del Iscariote, que tan perfectamente le sirviera durante los últimos dias de su vida.